



DIRECTORA: ANGELA GRASSI.

Num. 22. | Sale el 2, 10, 18 y 26 de cada mes. | 10 Junio 1876. | Se publica en diez distintos idiomas.—Año XXVI.

1.ª EDICION.—DE LUJO Ó COMPLETA.

Papel superior, cuatro números al mes, cuatro figurines, un pliego de patrones de tamaño natural y otro de dibujos para bordados.

MADRID.	PROVINCIAS.
Un año... 30,00 ptas.	Un año... 36,00 ptas.
Seis meses.. 15,50 »	Seis meses.. 18,50 »
Tres meses.. 8,00 »	Tres meses.. 9,50 »
Un mes... 3,00 »	

2.ª EDICION.—ECONÓMICA.

Cuatro números al mes, un figurin y un pliego de patrones de tamaño natural y un pliego de dibujos para bordados cada trimestre.

MADRID.	PROVINCIAS.
Un año... 18,00 ptas.	Un año... 21,00 ptas.
Seis meses.. 9,50 »	Seis meses.. 11,50 »
Tres meses.. 5,00 »	Tres meses.. 6,00 »
Un mes... 2,00 »	

3.ª EDICION.

ESPECIAL PARA COLEGIOS DE SEÑORITAS. Cuatro números al mes y un pliego de dibujos para bordados.

MADRID Y PROVINCIAS.
Un año... 13,00 pesetas.
Seis meses.. 7,00 »
Tres meses.. 3,50 »
Un mes... 1,25 »

4.ª EDICION.—ESPECIAL PARA MODISTAS.

Cuatro números al mes, dos figurines iluminados, un pliego de patrones y otro de dibujos para bordados.

MADRID.	PROVINCIAS.
Un año... 27,00 ptas.	Un año... 29,00 ptas.
Seis meses.. 14,50 »	Seis meses.. 15,50 »
Tres meses.. 7,00 »	Tres meses.. 8,00 »
Un mes... 2,50 »	

Los precios de suscripción en CUBA, PUERTO-RICO y demás puntos de América los fijan los Agentes. — En PORTUGAL rigen los mismos precios que en España, con solo el aumento de 10 por 100, en razon al mayor coste de franqueo. Agentes generales.—MONTEVIDEO: Sres. A. Barreiro y C.ª—BUENOS AIRES: D. Manuel Reñé.—CHILE y PERÚ: D. Julio Real y Prado.

SUMARIO.

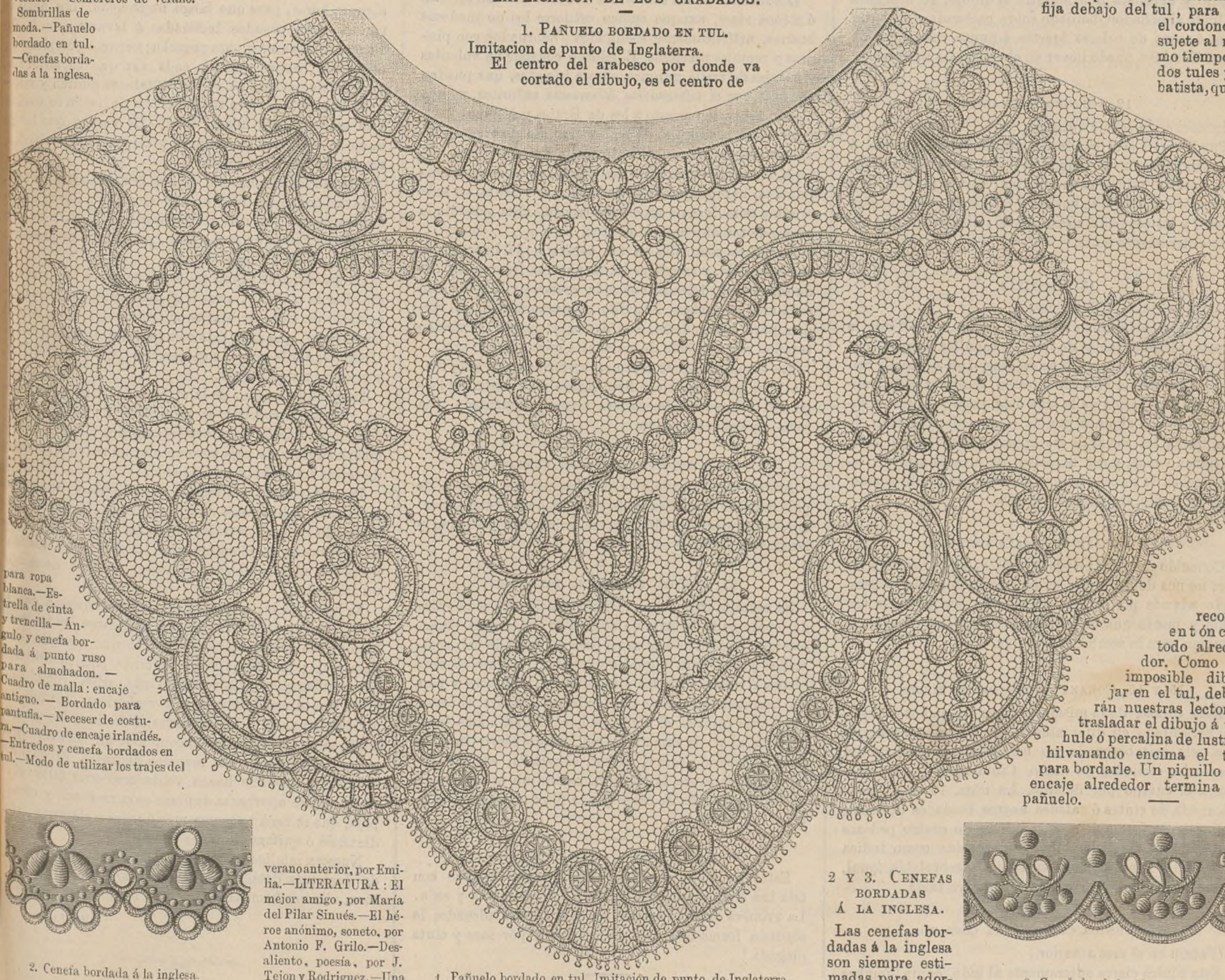
Explicacion de los grabados, por Joaquina Balmaseda. — Elegante vestido de organdi y entredoses para joven. — Túnica cerrada al costado. — Coraza adornada con bieses. — Vestido de forma Princesa para traje de mañana. — Juegos de cuellos y puños de novedad. — Mangas para vestido. — Sombreros de verano. — Sombrillas de moda. — Pañuelo bordado en tul. — Cenefas bordadas a la inglesa.

página de Arsène Houssaye, por Nicolas Diaz y Perez. — El Puente Mayor de Valladolid, por E. Feijó de Mendoza. — Bibliografía, por Carlos Vieyra de Abreu. — Correspondencia. — Consejos de higiene. — Variedades. — Explicacion del figurin.

EXPLICACION DE LOS GRABADOS.

1. PAÑUELO BORDADO EN TUL.
Imitacion de punto de Inglaterra.
El centro del arabesco por donde va cortado el dibujo, es el centro de

cada uno de los lados del pañuelo, bordado sobre tul doble, a punto de cordoncillo, recortando luego con tijera fina uno de los tules, el inferior, en todos los espacios exteriores del dibujo, y quedando doble en el centro de las flores y arabescos. El centro del pañuelo, de batista, se fija debajo del tul, para que el cordoncillo sujete al mismo tiempo los dos tules y la batista, que se



para ropa blanca. — Estrella de cinta y trenilla. — Angulo y cenefa bordada a punto ruso para almohadon. — Cuadro de malla: encaje antiguo. — Bordado para pantufla. — Neceser de costura. — Cuadro de encaje irlandés. — Entredos y cenefa bordados en tul. — Modo de utilizar los trajes del

recorta entonces todo alrededor. Como es imposible dibujar en el tul, deberán nuestras lectoras trasladar el dibujo a un hule ó percalina de lustre, hilvanando encima el tul para bordarle. Un piquillo de encaje alrededor termina el pañuelo.

verano anterior, por Emilia. — LITERATURA: El mejor amigo, por María del Pilar Sinués. — El héroe anónimo, soneto, por Antonio F. Grilo. — Desaliento, poesía, por J. Tejon y Rodríguez. — Una

2 Y 3. CENEFAS BORDADAS A LA INGLESA.

Las cenefas bordadas a la inglesa son siempre estimadas para adorno

2. Cenefa bordada a la inglesa.

1. Pañuelo bordado en tul. Imitación de punto de Inglaterra.

3. Cenefa bordada a la inglesa.

nar ropa blanca y guarnecer vestidos de percal y batista. Las que ofrecen estos grabados son por su tamaño muy propias para trajecitos de piqué para niños.

4 Á 9. CUELLOS Y PUÑOS DE NOVEDAD.

El adorno de estos cuellos y puños consiste en bieses unidos por sencillos calados, hechos á feston de un borde á otro, cuyo modelo y explicacion han recibido en Marzo nuestras lectoras: en los ángulos, los bieses van doblados sobre sí mismos sin cortarse, y los puños, cortados al hilo, tienen 11 cents. de alto por 23 á 26 de anchura. Para el calado se emplea algodón de ovillos número 80.

Los núms. 4 á 6 muestran los ángulos del cuello con cinco bieses, y la parte de atrás alternando á grupos de cinco pliegues y bieses trasversales, todo guarnecido de doble valenciennes: el mismo dibujo se repite en el puño, sujetando la cenefa un biés y su calado correspondiente.

Los núms. 7 á 9 repiten las mismas puntas para el cuello, guarneciendo el resto del cuello un doble rizado ó gola de muselina con valenciennes. Los puños llevan cuatro órdenes de bieses y el mismo rizado al borde.

10. ESTRELLA DE CINTA Y TRENCILLA.

Puede utilizarse para diferentes objetos, como cubiertas de acerico, antimacasares y otros varios. Comiéndase por la estrella del centro hecha de trencilla, y luego de crochet se hacen otros tantos picos correspondientes á los de la estrella y con su picot cerrado en el centro de cada uno: á la vuelta siguiente una cadeneta lisa al llegar á cada picot se pasa por el centro de él, se saca por debajo, se hacen unos puntos más y se cruza con la misma cadeneta que se va haciendo y se continúa. Esta forma un nudo, y ya sólo falta concluir la estrella con una vuelta de cuadros de cinta y trencilla.

11. CENEFA CON ÁNGULO PARA ALMOHADON.

Poniendo en el centro una estrella como el dibujo del ángulo y la cenefa que muestra el dibujo, se obtendrá un lindo almohadon bordado sobre cachemir negro con lanas ó sedas de colores fuertes, á punto ruso ó pasado largo. También puede llevar en el centro las iniciales.

12. CUADRO DE MALLA.

Imitacion de encaje antiguo.

Puede servir este cuadro para cubiertas de acerico, ó alternando con otros bordados, ó de otro género de encaje, formar cubiertas de edredon, cortinaje, etc. Los contornos del dibujo se bordan á cordoncillo con algodón grueso, y los centros á zurcido muy relleno para que resulte enteramente mate.

13. PUNTILLA.

Bordado con lana fina á feston.

Conviene perfectamente para el verano, y el dibujo le forman algunas ramas de mirto y capullos de rosa, pudiendo bordarse con sedas sobre raso, ó en cachemir con lanas: ejecútase el bordado á feston, cogiendo cada punto toda la extension de la hoja ó del capullo, que se sombrea luego con algunos puntos encima de otro tono, lo que forma las venas de las hojas de rosas: las de mirto no tienen venas, y sus florecitas, de un gris azulado, están hechas de puntos largos de feston con nuditos amarillos en medio, imitando la semilla.

14. ENCAJE DE MALLA GUIPURE.

Conocido de todas nuestras lectoras este género de labor, no nos detendremos en su explicacion, harto detallada además por el dibujo; un feston con picots la termina y puede guarnecer diferentes objetos, sirviendo también para la sombrilla núm. 22.

15 Y 16. CORAZA ADORNADA DE BIESES.

Esta coraza, de la misma hechura en ambos dibujos, va presentada en diferentes telas: la núm. 15 muestra una tela gris brochada con bieses de faya del tono del brochado, orillados de negro. Cinta igual á los bieses cierra el cuerpo por delante. La núm. 16 es de seda adornada de cintas ó galones negros bordados del color del traje: la forma de esta coraza es de cuatro pedazos la espalda, abierta la aldeta y guarnecida como indica el grabado. Ambas llevan su túnica ó sobrefalda igual, correspondiendo las mangas á la primera falda.

17. TÚNICA CERRADA AL COSTADO.

(Patron en el mes anterior.)

Esta túnica cierra enteramente al lado, en un hombro

y en la costura de debajo del brazo, adornándola en la otra con botones para que figure abierta de los dos costados: está hecha en tela de lana brochada á listas, y se lleva con falda y mangas de faya-marron: los bieses y el fichú que adornan la túnica son de seda; el fichú formado por dos bieses forrados de linon fino de 22 cents. de largo, cortados en punta de pañuelo por detrás y recogido en pliegues por delante como muestra el grabado: el lazo es de la misma tela de seda, así como los de las mangas.

18. VESTIDO DE MAÑANA; FORMA PRINCESA.

(El patron en el pliego del mes de Marzo.)

Puede cortarse con espalda lisa ó plegada, y nuestro modelo es en tela cruda con bieses de batista de 4 y 2 centímetros de ancho, adornados de feston que se repite en los plegados finos que figuran paletot sobre el vestido princesa: el doble plegado de la manga va fijo por un biés igual al que cubre la pegadura del gran plegado que termina la falda.

20 Y 21. NECESER DE COSTURA.

Este neceser ó estuche, bordado en cañamazo Java, le presentan abierto y cerrado nuestros modelos, y el bordado exterior le ofrece el núm. 40: tiene 42 cents. de largo por 14 de ancho, no teniendo el forro más que 24 de largo para que el cañamazo vuelva como indica el número 21. El núm. 30 ofrece el bordado hecho con torzal azul sobre cañamazo color de madera, y el núm. 20 le presenta concluido. El núm. 21 presenta el neceser abierto, forrado por dentro de seda azul moteada, sobre la cual vuelve en cenefa como unos 4 cents. el cañamazo. Tiras de la misma seda festoneadas sujetan las madejas cortadas de seda ó de lana, y la parte vuelta del cañamazo forma un bolsillo para los demás utensilios de costura. Lazos azules sujetan este bolsillo, y una cinta terminada por lazo, que oculta una presilla y un boton, cierran el neceser.

22 Á 24. SOMBRILLAS.

Los mangos de las sombrillas de moda pueden ser más ó menos ricos, aunque suelen estilarse los de maderas buenas, artísticamente esculpidos ó adornados con piedras y metales preciosos. El adorno consiste en volantes y encajes de malla guipure, encaje irlandes, que pueden ejecutar por sí mismas las laboriosas señoritas, y cuyo mérito equivale por esto á los de Brujes y Malines.

22.—Esta sombrilla, de tejido adamascado crema, lleva por adorno una puntilla de malla guipure, cuyo dibujo, tanto del cuadrado del fondo como de la misma puntilla, hace juego con el de la tela: se ejecuta en seda cruda y seda lisa de tono más oscuro. Esta puntilla la ofrece de tamaño natural el núm. 14.

23.—Esta sombrilla es tan severa y de buen gusto como sencilla, y conviene á una persona de respeto. Es de reps negro, forrada con seda crema y ribeteada con seda azul muy claro. El anillo, de pasamanería, y el cordón para suspenderla, son azules y negros. El mango termina con una bola de malaquita montada con oro.

24.—También es de reps negro, forrada con seda crema, y va guarnecida con fleco rizado de 9 cents. de largo. El mango es de madera negra pulimentada, con remate y cadena de plata.

25 Y 26. SOMBREROS DE VERANO.

Ambos son lindísimos y propios para el campo, de paja de arroz el primero y de junco fino el segundo, siendo el adorno de los dos ligeras guirnalda de flores y lazadas de cinta de color.

27. CUADRO DE ENCAJE IRLANDES.

Se necesita para su ejecucion, trencilla de seda calada, cordoncillo de seda de color ó de oro, y seda blanca ó crema; pudiendo utilizarse para corbatas de tul, sombrillas y aún para muebles y tapetes. Se emplea seda blanca ó crema para los calados de los arabescos y para las barretas festonadas del fondo de guipure; el feston que forma picot en el borde, se hace con seda más fuerte. Esta labor, de suma novedad, puede servir también para limosnera, acerico, sachet, canastilla, etc. Es fácil disponer sobre la trencilla calada un hilo de oro ó un cordón de seda de color que se fija con algunas puntadas invisibles.

28 Y 29. MANGAS PARA VESTIDO.

Estas graciosas combinaciones pueden hacerse con tela lisa ó en tela de dos tonos, y aún con lana y seda. La primera lleva la cartera lisa y el adorno plegado; la segunda forma dos carteras divididas por lazo y cinta plegada.

30 Á 32. DIBUJOS PARA BORDADO.

El primero representa un lindo bordado sobre cañamazo hecho con torzal, y los otros dos entredos y cenefa bordados en tul, cuya sencilla ejecucion muestra la suma claridad el grabado.

JOAQUINA BALMASEDA.

MODO DE UTILIZAR LOS TRAJES

DEL VERANO PASADO, PARA PASEO, CAMPO Y VIAJE.

Una mujer cuidadosa y económica puede ir vestida con elegancia á poca costa, si sabe combinar las prendas usadas de manera que formen un conjunto nuevo y agradable. Si se conserva de los bailes de invierno algún vestido de seda clara, aunque esté deslucido, puede aprovecharse para traje de paseo y casino en los establecimientos balnearios. Se quitan todos los adornos, recorta la cola, lo que permite quitar la parte que es más deslucida, se vuelve hasta toda la falda si es preciso, y se pone con una túnica hebrea, alta, de muselina blanca. Es necesario no olvidar que para bailes de casino no se llevan ni tul, ni encajes, ni flores artificiales. Una joven, con una túnica hebrea y algunas faldas, puede variar sus trajes hasta lo infinito. Aunque es mejor que la falda sea lisa, pueden aprovecharse las de cuadros y rayitas. Si se quieren combinar dos trajes antiguos, siempre, si es posible, se deja el liso para la falda y labrado para la túnica, pudiendo ésta llevar los adornos lisos ó viceversa. Algunas señoras han querido ensayar la falda de muselina blanca y la túnica oscura; pero hasta ahora no se considera esta combinacion de buen gusto.

Las telas blancas tupidas no convienen para túnica hebrea, como no estén ceñidas del talle.

No hay nada más feo ni más ridículo que una tela pasada de moda por rica que sea; no obstante, se puede realzarlas, si es todo el traje de la misma tela, con cintas negras y muy oscuras. Para guarnecer las telas que se lavan, se emplean, á menos que sean blancas, trencilla de lana. Antes de coserlas se ponen en remojo durante algunas horas, para que luego no encojan. Los botones mejores para prendas destinadas á lavarse, son los de hueso, con agujeros para pegarlos; pero si se emplean de otra clase, deben quitarse cada vez que vayan al agua, pues los de madera cubiertos de tela se pudren y manchan la tela, y los que tienen el asa de metal se oxidan y la manchan del mismo modo. Es verdad que los de hueso es fácil que se rompan, y así, mejor es quitárselos sean de la clase que se quiera.

Cuando los botones son de madera cubiertos de tela se lavan por separado, y en vez de plancharlos se ponen á secar al aire y al sol, reemplazando con otros nuevos los que se hallen en mal estado, por lo cual es prudente tomar siempre algunos de más.

En los baños se llevan trajes adecuados á las horas del día. Por la mañana, para ir al manantial, se lleva típicamente un traje de batista si hace calor, ó de lana si hace fresco, que es lo más comun, completándolo con el Ulster ó guarda-polvo; sombrero de paja negra ó fieltro y guantes renacimiento.

Después de las diez de la mañana, el Ulster desaparece, y el atavío consiste en un vestido de batista bordado, percal, tela de Asia, con los adornos plegados, ó lard; sombrero de paja negra ó marron redondo; guantes de tejido indio, blancos ó de color.

Por la tarde se lleva todo lo que se quiere, granadina brochada, aplicaciones de tul, muselina, faya, etc., virtiendo que estos trajes elegantes sirven igualmente para de noche en el casino ó en las reuniones, realzados con algunas flores naturales, un fichú de encaje un lazo, etc.

Es inútil decir, que para el traje de mañana que completa con el Ulster, pueden utilizarse las faldas de lana de los vestidos de invierno, lo que también sirve para viaje; que para el traje de tarde pueden utilizarse los vestidos que hemos indicado más arriba, completados con túnica de muselina ó cualquiera otra tela, olvidando que la moda de los trajes de dos telas pertenece á una señora de buen gusto combinar un sólo traje y algunos accesorios de mil maneras distintas. En cuanto a los sombreros, sólo dos hacen verdaderamente falta: el de viaje, que se aprovecha después para mañana, y otro de paja, que se hará aparecer más ó menos elegante, según diéndole ó quitándole flores y lazos.

Nuestra inteligente cronista Doña Joaquina Balmaseda dará más detalles sobre este particular, pues en otros sólo nos hemos concretado á la parte económica.

EMILIA.



EL HÉROE ANÓNIMO.

SONETO.

Inspirado por uno de los capítulos del último libro del célebre orador D. José Navarrete, titulado *Acuarelas de la campaña de Africa*.

En fondo azul el sol cansado ardía;
Y allá, en la gruta, á su fulgor incierto,
Sobre la frente del soldado muerto
Un verde ramo de laurel caía.

El cuervo que en el aire se cernía,
Era, al bajar hácia el cadáver yerto,
El único rumor de aquel desierto
Donde todo de miedo enmudecía.

Ni flor modesta, ni piadosa caja;
¿Qué deja en pos su bélico ardimiento?
Un pobre ramo que á su frente baja;

De un manantial el fúnebre lamento;
Las piedras de una gruta por mortaja,
Y por salmodia el murmurar del viento.

ANTONIO F. GRILO.

DESALIENTO.

El infortunio clava
su ponzoñoso dardo
en mi anhelante pecho
hiriendo el corazón:
mi mente se extravía
si vaga soñadora;
si busca el infinito,
Lo encuentra en el dolor.

En piélago de amargas
y de rugientes olas
que agita con su soplo
la ruda tempestad,
fluctúa y se sumerge,
desarbolada nave,
mi débil esperanza
que sin amparo va.

¡Ay del pájaro amante
que se alejó del nido
y por sus hijos teme,
y los quisiera ver;
si nada ha de llevarles,
pues sólo nieve encuentra,
horrible es su congoja,
y su ansiedad cruel.

Nieve, sí, los desdenes,
el desengaño frío,
¿qué son ¡ay! para el alma
que vuela en la inquietud?
Ni flor ni espiga encuentra
quien sin ventura vive:
sólo elevarle puede
La altura de la cruz.

¡Paciencia! en mis reveses
es la virtud que pido:
¿Acaso mi existencia
me pertenece? No.
Al agotar del cáliz
las heces de amargura,
mis hijos me sonríen;
vivir me ordena Dios.

¿Qué causa mi martirio?
¿No hay seres que me aman
pretendiendo á mi pecho
servir de antemural?
¡Oh! mi desdicha aumentan
con su anhelar constante:
¿les he de legar sólo
mi triste adversidad?

Ellos ven que se estrechan
con ósculo amoroso
el mar que allí se extiende
y el horizonte azul;

de amor les habla el aire
que aduérmese entre flores,
y la nube que flota
besada por la luz.

Mas borra el horizonte
la tempestad cercana;
las ondas se enfurecen
y el aire es huracán;
la nube de oro y rosa
se acerca ennegrecida.
¿Y el cielo?—la inocencia
exclama—¿dónde está?

Y buscan á su padre
los angustiados niños,
y preguntan en vano
que cuándo ha de volver.
Sale el batel del puerto,
y combatido cruza.
¿Quién sabe, hijos del alma,
si tornará el batel?

J. TEJON Y RODRIGUEZ.

Madrid.

EL MEJOR AMIGO.

I.

Muchas veces me he preguntado á mí misma por qué
nos quejamos de la ley que Dios nos impuso al nacer, en
justa retribucion del pecado de nuestros primeros padres.

Muchas al ver en torno mio la tristeza, la impaciencia
que la inevitable necesidad de trabajar causa á algunas
personas, me he dicho:

—Esto es justo; es rebelarse contra uno de los más sa-
bios preceptos del Criador.

Y sin embargo, yo tambien algunas veces me he sen-
tado en mi camino con el alma fatigada y el espíritu
falto de valor para cumplir la inmutable sentencia gra-
bada en las puertas de la vida.

—Ganarás el pan con el sudor de tu frente—le dice al
hombre.

—Sufrirás penalidades sin cuento, y participarás de
las fatigas de tu compañero—le dice á la mujer.

Pero el desaliento no puede dominar por mucho tiem-
po á las almas cristianas, y la mia ha salido en breve de
ese marasmo doloroso, hijo de la fragilidad de la huma-
na naturaleza.

He vuelto los fatigados ojos á esa augusta compañera
que se llama razon, y ella me ha tendido su poderosa
mano para prestarme apoyo, y me ha mostrado el rayo
bienhechor de su mirada, que disipa todas las tinieblas.

Entonces he visto que Dios, hasta en sus castigos, se
muestra paternal, y que en el fondo mismo del dolor ha
puesto la fuente del consuelo, del mismo modo que un
amoroso padre deja, como al descuido, en un rincón del
encierro de su hijo culpable, un nutritivo y sabroso man-
jar, que haga llevar las horas del aparente ayuno.

Una de las pocas dichas verdaderas de la tierra es el
poder decir:

—Esto, que poseo, lo debo á mi trabajo; al santo, no-
ble y honrado trabajo.

Estas palabras y la conviccion de la idea que encier-
ran, compensan todas las fatigas de la laboriosidad más
extremada y más dura.

Jóvenes y amadas lectoras mías, no envidieis jamás á
los ociosos; las leyes divinas se han de cumplir, á despe-
cho de todos los ardides humanos, y el que no trabaja
materialmente, el que se hafia de sus deberes y los re-
huye, trabaja de un modo invisible y mucho más dolo-
roso. Se sujeta á la tortura moral del fastidio, y abre en
derredor suyo el vacío del sepulcro.

¿Hay algo comparable á esa frialdad que invade á los
ociosos, y que es la nada del alma?

El escritor, el pintor, el músico, el artista, en fin, es
mucho más dichoso el día que termina una de sus obras
que juzga buena, que el hombre que hereda de repente
una colosal fortuna.

El trabajo es el lenitivo de todos los dolores de la vida:
los más crueles pesares se alivian cuando estamos activa-
mente ocupados, y hay veces que los olvidamos del todo.

Más dichosas sois vosotras, bellas y modestas jóvenes,
el día que estrenais un lindo traje cortado y hecho con
elegancia por vuestra mano, que la opulenta heredera,
á quien cada semana le lleva dos su modista, sin cos-
tarle el poseerlos otro trabajo que pagar la crecida cuen-
ta que le presentan.

A vosotras siempre os queda el inocente orgullo de
que os admiren en vuestra obra, llevada á cabo con tan-
ta constancia como actividad; os queda el alegre deseo
de emprender otra nueva, y la conviccion de vuestra
habilidad y primor que cada día puede aspirar á más

complicadas empresas, librándoos del hastío, enemigo
mortal de la mujer.

¡Cuánto realza las gracias de una joven, sea cualquiera
su estado, el verla entretenida en un bordado, ó en una
labor primorosa!

Si es aún libre, ¡qué buena esposa promete ser!

Si es ya esposa y madre, ¡qué buen ejemplo para sus
hijos!

Jamás olvidaré la adorable figura de una joven costu-
rera, que vivía enfrente de una habitacion que yo ocupa-
ba cuando era niña.

Habitaba con su madre, pobre anciana á la que man-
tenia con el fruto de su trabajo, un cuartito situado bajo
el tejado, como el nido de una alegre y joven golondrina.

Sólo tenia una ventanita muy estrecha, á la que ale-
graba, calentándola, un rayo de sol.

Allí la hallaba cosiendo el primer resplandor del día,
en el invierno, á la luz de su pequeño quinqué, pues se
levantaba á las cinco en todo tiempo.

Cuando la aurora resbalaba su plácida luz sobre sus
cabellos castaños, apagaba ella la artificial y presentaba
detrás de los limpios cristales su adorable busto, que pa-
recia modelado por la mano de las gracias.

A traves de sus párpados inclinados, se veía reir en
sus grandes ojos un rayo de juventud: su tez pura y ro-
sada era fresca y limpia como la flor que se abre en las
auroras de Mayo.

Poco despues de apagar su lámpara, es decir, cuando
ya penetraba bastante claridad en la habitacion, dejaba
su asiento, peinaba, riendo, sus largos cabellos, y gozosa
con su belleza volvía á sentarse, para coser al son de su
dulce cantar.

Cuando su madre se levantaba, dejaba su labor para
dedicar algun tiempo al cuidado y aseo de la anciana, y
en seguida arreglaba y limpiaba su alegre nido, dando
saltitos, como andan por el campo las palomas torcaces.

Despues, cuando se ponía su traje de muselina en el
verano, ó de lana oscura en el invierno, se asemejaba á
la diosa de la juventud y del amor.

II.

Sólo contaba yo diez años, y aquella joven vecina pa-
recía llegar á los diez y siete; mas á pesar de esta gran
diferencia en nuestras edades, me inspiraba ella un dulce
sentimiento que yo creía amistad, pero que era ese
lazo íntimo y dulce que se llama simpatía.

En efecto, ¿cómo podía ser amistad lo que me atraía
hácia ella, si jamás le había hablado, si su carácter y sus
costumbres me eran completamente desconocidos? La
amistad nace del trato, del conocimiento de las bellas
cualidades del alma, y sobre todo de la igualdad en las
edades, en la posición y en los sentimientos.

Lo que me inclinaba hácia aquella joven de una ma-
nera irresistible, era que habia en ella algo de hermoso,
de alegre, de tierno y dulce, que la infancia presiente y
ama.

Era ella un poema de virtud y de hermosura, que mi
alma comprendía en parte, y en parte adivinaba.

Pregunté á las criadas de mi madre si sabían su nom-
bre, y me contestaron negativamente: ni siquiera habían
reparado en ella, lo que no era extraño, porque jamás
los caracoles han podido seguir en el cielo el vuelo de la
alondra.

Vino un día á casa una señora anciana, y tuve un pen-
samiento feliz: recordé haberle oído decir á ella misma
que era muy antigua en el barrio, y le señalé el alegre
nido de la joven, iluminado entonces por un dorado y
alegre rayo de sol.

—¿Sabe V. quién es? le pregunté: ¿sabe V. cómo se
llama?

—Sí, me respondió, sentándome sobre su falda; porque
aquella buena señora tenía el encanto de la bondad, que
es el mayor atractivo de los ancianos; si, la conozco, hija
mia, y visito á su madre.

—¡Ah, qué dicha! exclamé yo batiendo las palmas.
¿Querrá V. llevarme un día?

—¿Por qué no? desde aquí voy á visitar á Consuelo y
á su madre, y puedes venir conmigo.

Yo me así de la mano de la anciana, y salimos juntas.

MI corazón palpitaba de alegría; jamás habia sido tan
dichosa.

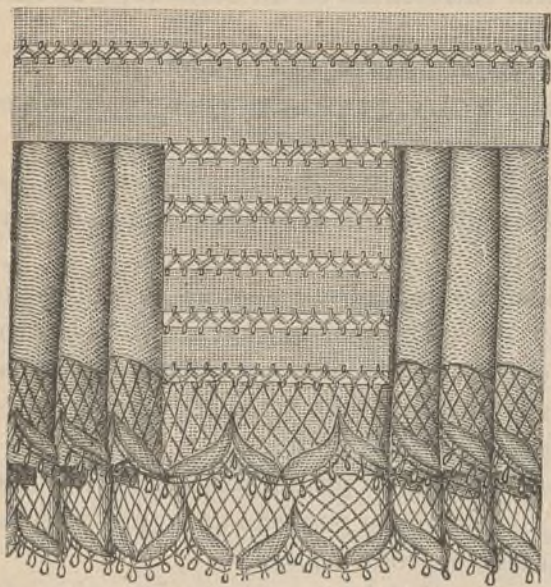
Subimos al nido ocupado por aquellas dos pobres mu-
jeres, y á pesar de mi deseo de llegar, por dos veces mis
débiles piernas se negaron á continuar la ascension; tan
penosa era la escalera.

Llegamos, por fin, á la estrecha puerta que conducía
al cuartito habitado por la joven y por su madre, y la
misma Consuelo vino á abrirla.

Allí, de pie en el umbral, me pareció más hermosa,
más dulce, más encantadora que nunca.

La anciana que me acompañó se sentó al lado de la
madre de Consuelo; ésta se sentó junto á la ventana, y
volvió á tomar su labor; yo me fui á su lado.

—¿Por qué cose V. tanto? le pregunté tímidamente.
—Me gusta mucho la labor, me respondió sonriendo.
—¿Pero no se cansa V. de estar trabajando todo el día?



4. Adorno para el cuello y puño núms. 5 y 6.

rir nada pudo dejarnos; mis hermanos murieron.... sólo yo quedo para alivio de mi pobre madre; y soy tan dichosa en poderle ser útil, en sostenerla con el fruto de mis labores, que no cambiaria esta ventura por la más grande de las fortunas.

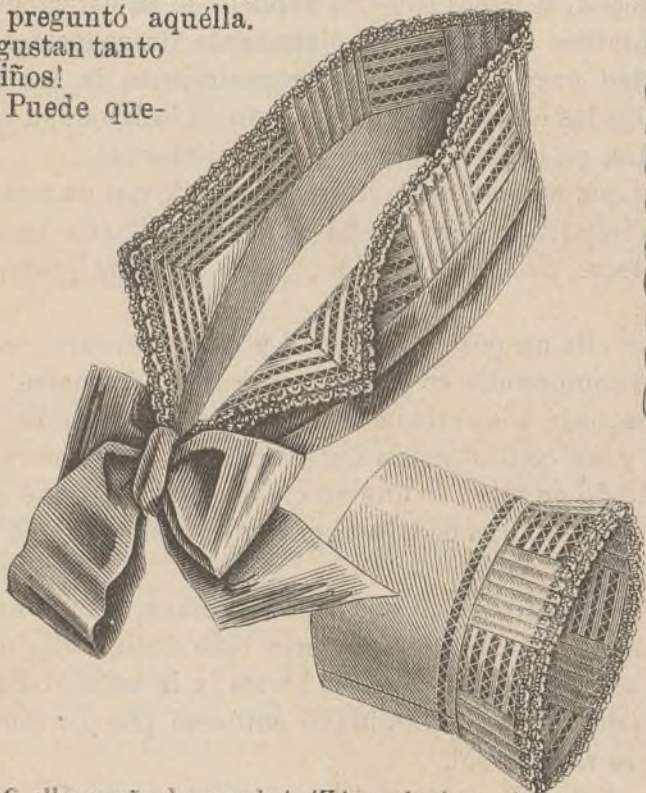
—¿Será por eso por lo que siempre está V. cantando y riendo?

—¿Y qué puedo hacer sino estar alegre? En el almacén en que me dan bordados, alaban mis labores y me las pagan á un precio más subido que el regular; algunas veces me dice la buena señora que está al frente de él:—Señorita, no carezca V. de nada ni se apure por su buena madre; cuanto dinero necesite, se lo adelantaré,—porque, añadió Consuelo á modo de paréntesis, no crea V. que los que mandan trabajar son tan crueles como dicen, no: la laboriosidad y la honradez son atendidas en todas partes; no pueden estimarse la negligencia, la holganza, los malos modales; pero al que cumple con su deber, todos le atienden y le tienen cariño; yo soy muy dichosa: sin que lo sepa mi madre, y trabajando un poco más cada día, hace un año que voy echando en un bolsillo veinte reales cada semana: ¡si viera V. cuando lo abro, cómo me palpita el corazón! Si supiera V. qué feliz es una cuando puede decir:—¡Hé aquí el fruto de mi trabajo, de mi economía! ¡Oh, esto vale más seguramente que el poder decir:—¡Soy rica!

A este tiempo se levantó la amiga de la madre de Consuelo para marcharse.

—¿No podría V. dejarme á la niña todo el día? preguntó aquella.
—¡Me gustan tanto los niños!

—Puede que-



5 y 6. Cuello y puño de novedad. (Véase el núm. 4.) darse hasta la noche, respondió la anciana; yo avisaré ahora á su madre, y le diré que no podía dejarla con mejor compañía.

En efecto, allí pasé todo el día, que fué uno de los más dichosos de que hago memoria; ayudé á Consuelo á cubrir la mesa, cambié el agua de sus pájaros, y después le hice un dobladillo en un pañuelo de batista, cuya marca debía ella bordar.

Cuando me abrazó y me dijo que estaba ejecutado con primor, me creí más dichosa que el héroe á quien coronan de laurel ante un numeroso ejército.

Eran espectadores de mi triunfo, Dios, Consuelo y su buena madre que me abrazó también con ternura.

—¡Ojalá! — me dijo — hija mía, veas siempre risueño el rostro de la fortuna! Pero si algún día tienes que ganar el pan con el trabajo, no por eso serás desgraciada; Dios lo dió al género humano como castigo, pero su bondad lo rodeó al mismo tiempo de la

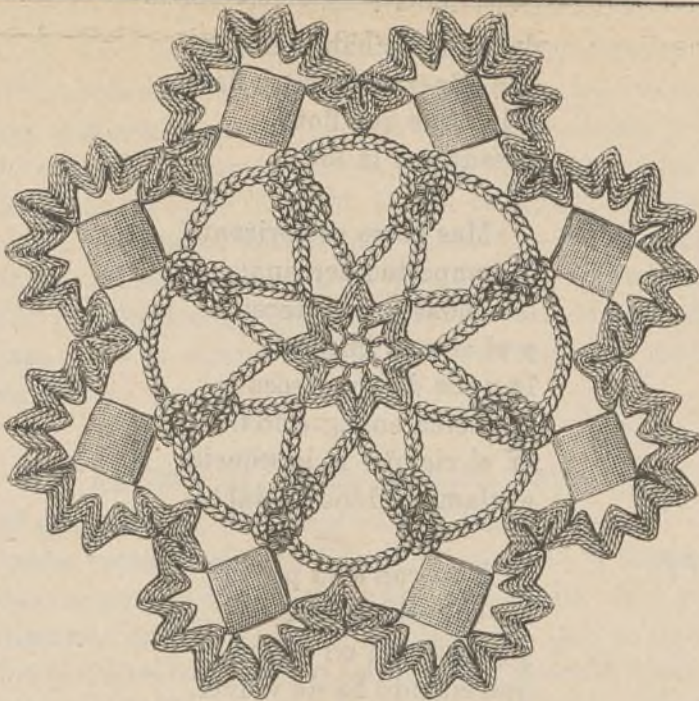
No: porque pienso en el descanso de la velada; por la noche coso sólo hasta las nueve, y después leo un rato.

—¿No desea V. ir á paseo ó al teatro?

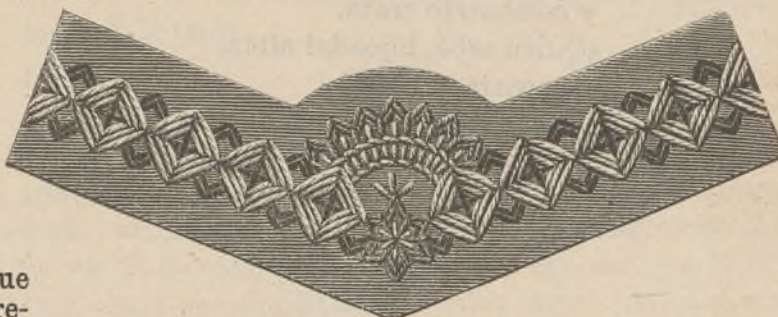
—No, querida mía; soy muy dichosa en mi casita, al lado de mi madre, que tanto me quiere, y á la que debo consolar, con mi constante compañía, de sus pesares y de su tristeza: ¡es tan desgraciada!

—¿Es desgraciada?

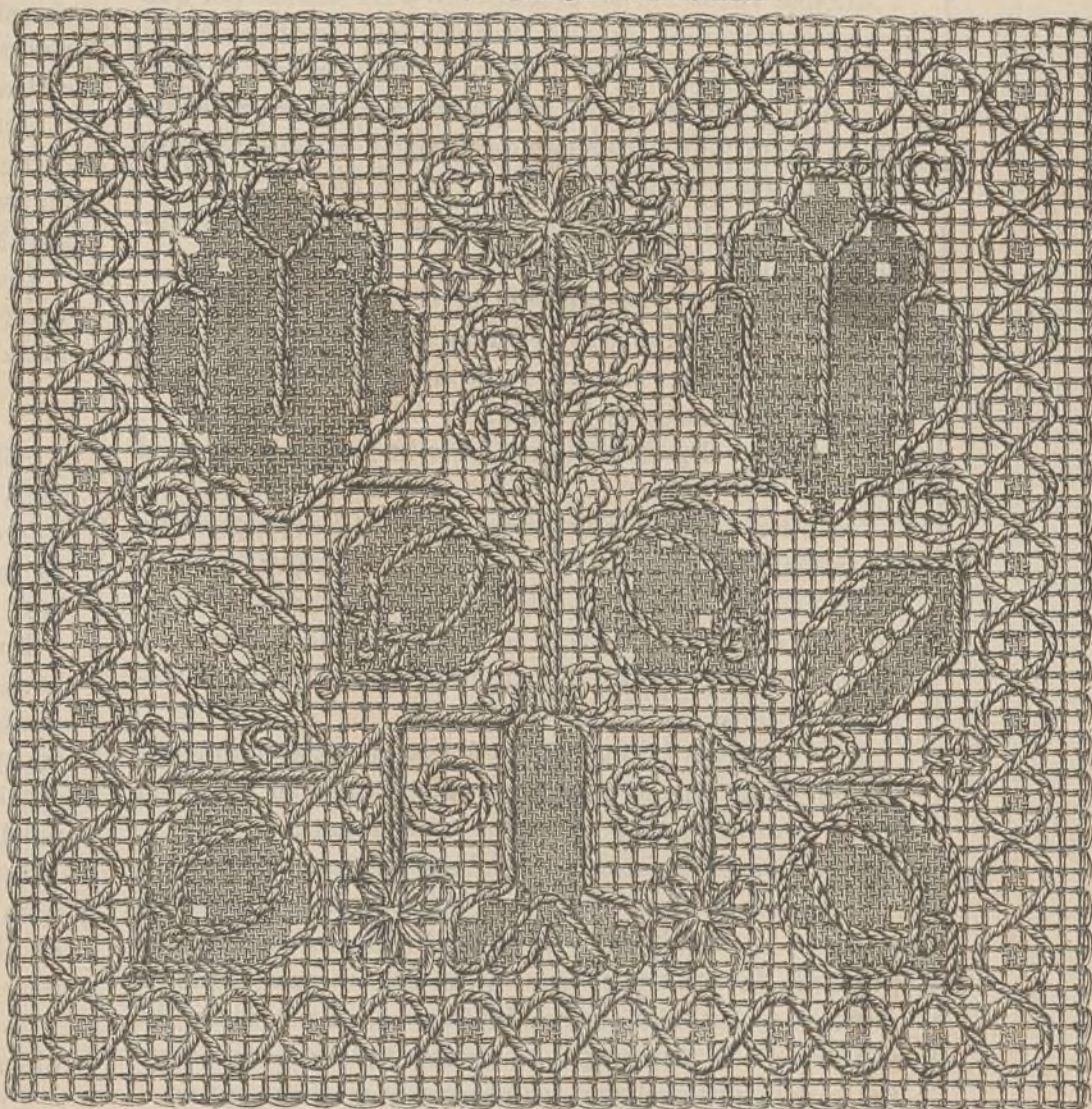
—¡Sí; mucho! Mi padre era médico, y al mo-



10. Estrella de cinta y trencilla.



11. Genefa y ángulo para el almohadón.



12. Cuadro de malla. Encaje antiguo.



13. Pantuflo. Bordado con lana fina á feston.

más grande y pura de las satisfacciones; la del convencimiento del propio mérito y la satisfacción de la conciencia.

Dos días después vino Consuelo á mi casa; traía en la mano una cajita y un ramillete de violetas, en cuyo centro había una rosa blanca.

Así que me vió, corrió á abrazarme: se puso de rodillas delante de mí para igualar á la suya mi estatura, abrió la cajita y sacó de ella una pequeña cruz de oro pendiente de una cinta de terciopelo negro; la suspendió en mi cuello, y después me presentó el perfumado ramillete.

— María, me dijo con la sencillez

candorosa que era en ella tan natural: por bordar y coser aquel pañuelo, cuyo pespunte hiciste con tanto primor, me han dado ocho duros, he gastado tres para tí; esta cruz y estas flores son el precio de tu laboriosidad y del mérito de tu trabajo; guárdalas siempre: creo que nada pudiera ofrecerte que más grato fuese á tu noble corazón. Si algún día te agobia la pobreza y ya no estoy yo cerca de tí para darte aliento, mira esta cruz y piensa en que la cruz de

trabajo, llevada con paciencia, nos hace caminar hacia la felicidad, y en que el Hijo de Dios quiso participar de las miserias de la humanidad y llevar la cruz de su pasión.

Yo abracé á mi vez á Consuelo, que volvió al lado de su madre para continuar sus tareas.

Aún guardo la cruz y las flores marchitas, y las guardaré mientras viva; y cuando el desaliento me fatiga, vuelvo los ojos al mundo de los recuerdos, y veo á Consuelo de rodillas delante de mí, suspendiendo la cruz de mi cuello, y como adorando la primera muestra de mi afición al trabajo.

III.

Consuelo amaba, porque el amor es inseparable de las condiciones blandas, suaves y dulces como la suya.

Amaba desde la infancia á un primo suyo, hijo de una familia bien acomodada y que había conservado sus riquezas, al mismo tiempo que los padres de la joven habían

perdido todas las

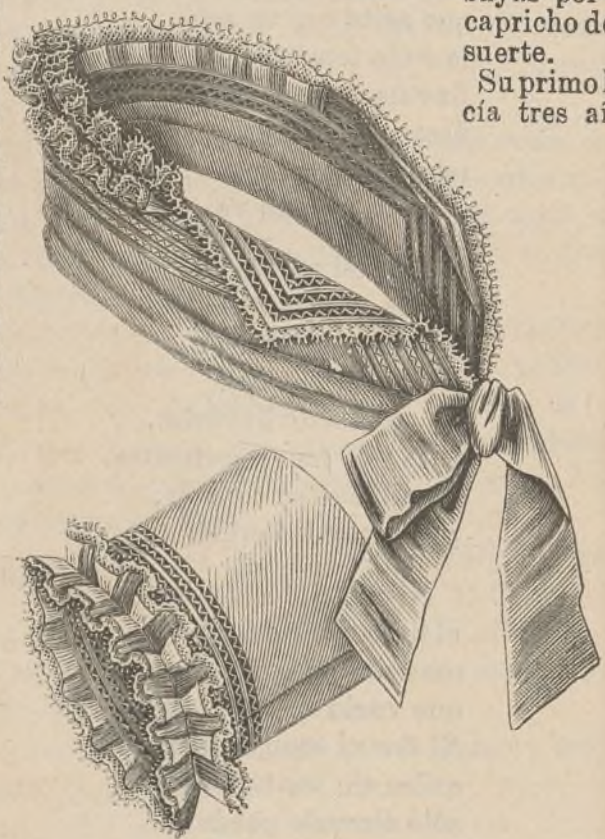
suyas por un

capricho de la

suerte.

Suprimo ha-

cía tres años



8 y 9. Cuello y puño de novedad. (Véase el núm. 7.)

que viajaba, y nada sabia de las desgracias de Consuelo y de su madre.

Llegó el día señalado para su vuelta, y la tristeza cubrió, como una negra nube, el corazón de la joven; temía que al ver su mísera posición, el corazón de su primo sufriese mudanza, como ella había oído decir que sucedía muchas veces en la vida.

Pero no sucedió así: el que amaba Consuelo era digno de ella, y sabía apreciar en su justo valor su resignación á los decretos del Altísimo y su cariño filial.

Dos meses después de la llegada de su primo, la bordadora ceñía su frente con el velo nupcial que su anciana madre le prendía con mano trémula de alegría, en tanto que sus labios pronunciaban dulces palabras de bendición, y de sus ojos brotaban lágrimas de felicidad. La anciana murmuraba:



385

EL CORREO DE LA MODA
Periódico ilustrado para las Señoras

Plaza de Isabel 2ª, II Madrid.

--¡Dios t
¡Dios dé á
gacion de t
madre com
todas tus
ñes con un
todos los es



15. Coraza

constantem
recuerdo le
ciones del
causa de la
elegante, e
por su amo
desto nido
desde ánte
trasunto d

Porque
modo de v
terialmente
aguja, no;
que ésta la
mantener e
su casa; la
prender lo
ocultas y l
bellece su
su infancia

Una de
es ese culto
lista franc
que sembr
tan bellas c

Si; la co
se, habla
bondad de

Adornar
Cuidar la
sible de ob



18. V

—¡Dios te bendiga, hija mía, como te bendigo yo! ¡Dios dé á tu amor conyugal la ternura, la abnegación de tu cariño filial! Que la Virgen soberana, madre común de nuestro sexo, sea el consuelo de todas tus aflicciones; porque no quiero que sueñes con un porvenir de delicias, mi Consuelo: en todos los estados de la vida hay penas, porque si no, no se llamaría este mundo valle de lágrimas; en todos los estados hay deberes que cumplir, hay que rendir culto al trabajo; pero tú no desmayarás en la senda que hoy abre Dios ante tus ojos, pues has seguido con la fe en el alma y los ojos en el cielo otra más difícil.



15. Coraza adornada de bieses. (Véase el núm. 16.)

La buena madre no se engañaba: la que había sido una hija tan ejemplar, debía ser una ejemplar esposa. Viéndola, aprendí de cuántas maneras se puede cumplir la ley santa del trabajo, y me persuadí de que en todos los estados es culpable la ociosidad, y odiosa la apatía.

La fortuna próspera para Consuelo la alejó de mí; pero su recuerdo permanece indeleble en el fondo de mi alma, como permanecen los recuerdos de todo lo que es bueno, puro y santo.

Aún creo verla ocupada constantemente de su casa, de su marido y de sus pequeños hijos; la recuerdo leyendo en voz alta á su anciana madre las oraciones del día, que ya no podía leer ésta por sí misma á causa de la debilidad de su vista, y recuerdo que su casa elegante, era por su orden, por su alegría, por su aseo, por su amor al trabajo, en fin, lo que era el pobre y modesto nido donde yo la conocí y donde bordaba cantando desde antes de mostrar la aurora su primera sonrisa; un trasunto del cielo.

Porque debeis saber, lectoras mías, que á mi modo de ver, no trabaja sólo la que se ocupa materialmente de una tarea asidua, de una labor de aguja, no; en mi concepto, trabaja tanto ó más que ésta la que vigila á sus criados y les obliga á mantener el buen orden que tiene establecido en su casa; la que enseña á sus hijos á rezar y á comprender lo que rezan; la que busca las miserias ocultas y las socorre generosamente, y la que embellece su hogar con los primores que aprendió en su infancia.

Una de las cosas que más enaltece á la mujer, es ese culto del hogar, como decía un célebre novelista francés, que propagó muchos errores, pero que sembró tambien en sus libros infinitas ideas tan bellas como buenas.

Si; la coquetería doméstica, si así puede llamarse, habla muy alto en favor del talento y de la bondad de la mujer.

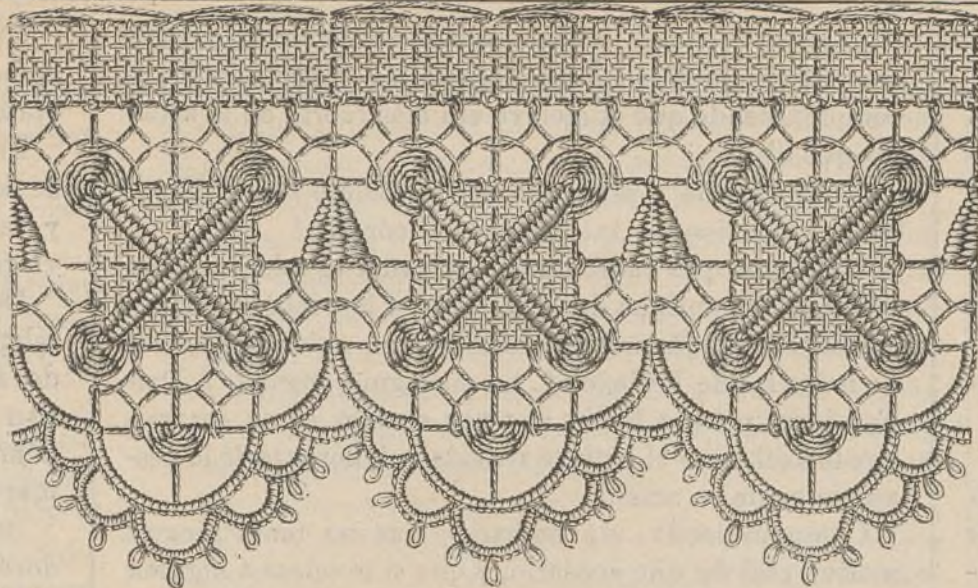
Adornar el hogar ¿no es amarlo?

Cuidar la casa, perfumarla, llenarla todo lo posible de objetos lindos que halaguen la vista, de objetos cómodos que la hagan agradable, ¿no es decir que se prefiere la casa á todo, y que en ella se halla el reposo, la alegría, la felicidad?

Y el pensar en cómo se añadirá un encanto más á la casa, ¿no es trabajar tambien con la imaginación, con el buen deseo? Y el bordar un almohadon para apoyar los pies, una pantalla para la chimenea, un acerico para la mesa del tocador, ¿no es trabajar con un objeto meritorio, que produce frutos encantadores?

Mucho compadezco á las mujeres exhaltadas de habilidades, á las que van á buscar fuera de su casa la distracción y el recreo: la sociedad es bella y agrada, pero casi siempre deja fatigados el espíritu y el cuerpo;

esplendor la poesía heroica de la Edad media. Los trovadores no se veían, pero se sentía la falta de ellos, y se les adivinaba.



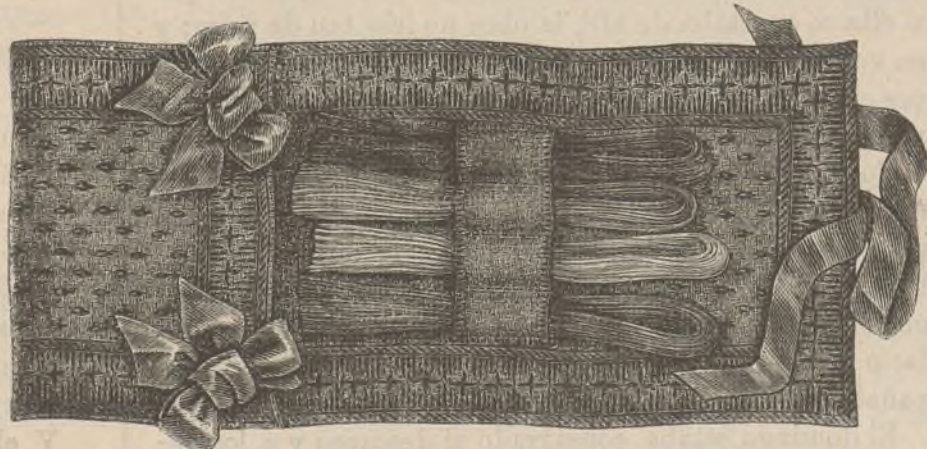
14. Encaje de malla guipure para la sombrilla núm. 22.



17. Túnica cerrada al costado.



20. Necesar de costura. (Véanse los núms. 21 y 30.)



21. Necesar de costura abierto. (Véanse los núms. 20 y 30.)

nada hay verdadero más que la dicha del hogar, y éste, habiendo afición al trabajo, ¡se embellece á tan poca costa! ¡es tan poco dispendioso el hacerlo encantador! ¡es tan dulce, tan grato el adornarlo! ¡es tan hermoso el formarse un nido donde descansar de las borrascas de la vida!

Jamás he comprendido la habitación de una mujer tosca, desaliñada, fría é invadida por el descuido; la concibo, sí, más ó menos modesta; pero desabrigada, sin cortinas, sin flores que hablen de la bondad de Dios, sin cuadros que hablen de las artes, sin perfumes que halaguen los sentidos, jamás he sabido comprenderla.

Nunca me he imaginado una mujer bella, delicada, distinguida y admirada, corriendo de tertulia en tertulia, de paseo en paseo, visitando mucho, dándose mucho á ver, en una palabra; la he imaginado, sí, leyendo sentada en un elegante silloncito al lado de su chimenea, ó bordando junto á un velador, cerca del cual hay una modesta copa llena de rojas ascuas, bien vestida, peinada con gusto; la he visto rodeada de algunos buenos amigos en las noches de invierno, sirviendo, con encantadora gracia, á cada uno su taza de té, ayudada en tan grata tarea por su mismo esposo, pues no es necesario, para ser bella y distinguida el estar rodeada de servidores, de fausto y de ostentación.

Pero todo esto, en su casa, en su hogar, embellecido por su prevision, alegrado con su sonrisa, animado por su inteligencia.

No hay ninguna mujer que, si quisiera, no pudiera ser encantadora; la menos linda, la menos joven lo sería si le ayudase una firme voluntad: basta para esto un buen carácter, una buena educación, la razón natural y la afición al trabajo; al trabajo *mental* que crea, al trabajo *material* que ejecuta; al trabajo *mental* que es la reflexión; al trabajo *material* que es la belleza visible, y por lo mismo la más fácil de comprender y la que más nos seduce.

El trabajo es el auxiliar constante y benéfico de la mujer; con el trabajo trasforma sus adornos, se rodea de mil atractivos, hace brillar su talento, su bondad, su hermosura, sus habilidades, embellece su casa, por modesta que sea su fortuna, y se hace amar de cuantos la tratan.

No huyamos, pues, la santa ley que tales ventajas proporciona. Dios al imponérsela, nos ha dado los medios de utilizarla en nuestro provecho, y de su cumplimiento, como del de todos los preceptos divinos, nacen el sosiego, la paz, la alegría, los dulces encantos del hogar y la felicidad de la familia.

MARÍA DEL PILAR SINUÉS DE MARCO.

UNA PÁGINA

DE ARSÈNE HOUSSEY.

El reinado de Luis XIV puede dividirse en tres grandes

periodos, dominados cada uno de ellos por tres influencias, por tres esplendorosas estrellas, por tres mujeres célebres.

La primera es la época de la galantería, época semi-española, semi-francesa, personificada en *Mademoiselle de La Vallière*.

Esta pasión real es una novela que nace en las extravagancias de un corazón exaltado, y muere en el claustro de un monasterio. Se estaba aún en los tiempos de la andante caballería, y se había renovado en todo su



19. Espalda de la túnica de organdí ofrecida en el núm. anterior.



18. Vestido de mañana, forma Princesa.

La cuestión de honra, los séquitos del amor, las aventuras de capa y espada, las damas de mantilla y dueña, dejaron tradiciones que aún no se habían perdido. Los galanteos amorosos, los sentimientos caballerescos, perfumaban aún los numerosos romances, las románticas leyendas de *Mademoiselle de Scudery*. Berenice vino á ser el eco suave y armónico de aquel tiempo. El Cid Campeador era ejemplo vigoroso y potente á quien todos admiraban. Era la juventud, la aurora de aquella mañana que se eclipsó para no dejarnos más que un recuerdo: el de La Vallière; una mujer encantadora.

**

El segundo período de aquel reinado está perfectamente simbolizado en Madame de Montespan, mujer graciosa y valiente á un tiempo, que montaba atrevidamente á caballo, que jugaba al florete, que corría todos los peligros de un alma varonil, con la sonrisa en sus labios, gozándose de ser la reina del mundo por la gracia de su amor.

Con ella se inició la epopeya belicosa, la era sangrienta de la conquista: el militarismo.

Abriáanse en aquellos tiempos las primeras ideas materialistas en la humanidad, aquellas ideas que sembraron el paganismo en los sentidos.

Bossuet, el gran orador moralista, está admirable, hablando con sublime elocuencia, desde lo alto de la tribuna sagrada, explicando los dogmas sagrados. Mas su potente voz, sus verdades evangélicas, tantas veces aplaudidas, no fueron bastante á detener al gran siglo que corría, que pasaba consternado por el indiferentismo, dejando vagos recuerdos á través de las aventuras amorosas, de los románticos galanteos. Era la edad de la acción, la edad de la naturaleza, la edad potente de la fuerza creadora: todo cedió á un rey victorioso; las ciudades y las mujeres; los castillos almenados y los corazones fortalecidos por la duda y el orgullo.

**

La tercera edad es la última parte del reinado de Luis XIV, reasumido por Madame de Maintenon. El misticismismo sensual sustituye á las pompas y á las obras de la antigua corte. El viejo siglo se hace ermitaño; la gloria toma asiento entre las prostituciones palaciegas. Todo declina allí. Luis XIV, este rey sobre cuyo ánimo imperaba una mujer, se inclina lentamente hasta los suelos.

Bossuet tiene aspiraciones á triunfar en la filosofía. La ortodoxia supo vencer la influencia de Fenelon y de Madame Guyon, cuya piedad tierna é independiente no convenia al carácter de la favorita, que vino á ser secretamente la mujer legítima del rey de Francia.

Madame de Maintenon es la mano por cuya intervención la Iglesia anglicana domina al envilecido Luis XIV por medio del Volterianismo.

La tranquilidad del alma justa no agradó jamás á esta mujer hábil y perspicaz, tan intrigante como fuerte, que no supo sostener con alguna dignidad el peso de una corona, pero sí el peso de los años y de los sucesos que tentaban ahogar á una monarquía enferma.

Esta reina sin corona hizo su carrera aplastando cuanto encontró á su paso.

Madame de Montespan huye de todo cuanto la rodea; Racine abandona el teatro; La Fontaine expia debajo del cilicio el pecado mortal ó inmortal de sus cuentos. Todo, todo toma la máscara de la devoción. La tragedia se traslada á Saint Cyr, y el teatro á Nuestra Señora de París.

¡Qué trasformación por medio de tres mujeres!

NICOLAS DIAZ Y PEREZ.

EL PUENTE MAYOR DE VALLADOLID.

LEYENDA TRADICIONAL

por

LA SEÑORA DOÑA EDUARDA FEIJÓ DE MENDOZA.

CAPITULO VIII.

OTRA VEZ OMER ALÍ VISITA Á LA CONDESA.

El esclavo moro aparentó estar tan enfermo, tan quebrantado, que logró engañar completamente á toda la corte del señorío, lo mismo que engañara á la condesa.

El primer día recibió las visitas de Farfan, pero después se excusó diciendo que se curaba él mismo.

Don Fadrique de Lara, receloso á pesar de lo que le había dicho la condesa y todos los demás, quiso interrogar al moro.

Mahomed le hizo la misma relación que á la condesa, sin contrariarla en nada, y á pesar de las muchas preguntas que le dirigió el joven caballero, no logró turbarle lo más mínimo.

Cuando habló de la desaparición de Zaida Fátima, lo hizo en un tono tan triste, tan conmovido, que hubiese logrado engañar á otro que no estuviese tan predispuesto en contra suya como D. Fadrique.

El joven caballero salió de su lado aparentando quedar convencido, pero en su interior con las mismas dudas, y comprendiendo que el esclavo era más fuerte en la astucia que él.

¡Cosa extraña y misterios del verdadero amor! ¡Especiales impresiones é intuiciones del corazón!

Mahomed, que había logrado engañar al talento y á la desconfianza antigua de la condesa, á la vieja experiencia del alcaide Manrique, y satisfacer la ávida curiosidad de todos los de Valladolid, no consiguió engañar á Don Fadrique, porque había una voz secreta en su corazón que le decía que el esclavo no estaba ignorante de la desaparición de su amada.

Comprendiendo, sin embargo, que no tenía ningún motivo real de que acusarlo, y que si revelase á alguien sus sospechas le hubiesen llamado visionario, disimuló, proponiéndose espiar á Mahomed, ser su sombra y matarle sin compasión si se le cogía en falta.

A los quince días de su aparente enfermedad, enfermedad que no le impedía ir á ver á Zoraida todas las noches y atormentarla con su repugnante amor, dijo que estaba dispuesto á ocuparse en las obras del puente, y se entregó á ellas con entusiasmo.

Aquel hombre, de naturaleza ardiente y voluntariosa, y especiales conocimientos, indudablemente hubiese sido un grande hombre sin sus malvados instintos, sin la pasión que se había apoderado de su corazón por la sultana, y el juramento que con este motivo hiciera de vengarse de la condesa.

Estaba en continua inteligencia con Omer, al que decía que por qué no se aprovechaba de la ausencia del conde para apoderarse de la ciudad y de Doña Eloisa.

Pero el príncipe moro se había enamorado verdaderamente de la condesa y no quería ofenderla, creyendo, el loco imprudente, que iba á lograr algo de la mujer cuyo corazón y alma pertenecían á su esposo, y no por respeto y deber, sino por un amor entusiasta y exclusivo que se basaba en las nobles y heroicas cualidades de Ansuez.

El moro proseguía en su obra del puente Mayor, y desde que él se hiciera cargo de ella adelantaba con extrema rapidez, y las dificultades para su construcción habían concluido.

Doña Eloisa estaba en extremo complacida de su actividad, y así se lo manifestaba en todas las ocasiones.

Sin embargo, con la idea de que Omer se apoderase un día de la ciudad, y á fin de ser á éste necesario y que no pudiese prescindir de él, resolvió dejar el puente demasiado estrecho, para que cuando el ejército del conde se viese en él no le fuese posible sino pasar poco á poco, y de manera que desde el río pudiesen destruirlos.

La idea no podía ser más perversa. El puente, sin la suficiente anchura para contener los hombres de armas bastantes á poder defenderse, era un paso en extremo peligroso, y del que le sería fácil apoderarse á un enemigo.

Ninguno de los constructores que trabajaban bajo las órdenes de Mahomed conoció este defecto, y en cuanto á que al conde le pareciese estrecho para pasar sus soldados, esperaba que al verlo lo dijese; pero estaba tranquilo, persuadido de que no había nadie más que él que pudiese ensancharlo, y estaba resuelto á no hacerlo, diciendo que era imposible.

Aun cuando seguía con ardor la obra del puente, no por eso olvidaba su venganza de herir en el corazón á la condesa.

Lo mismo que se había deshecho de D. Alonso, dándole tósigo, resolvió deshacerse de las hijas de la condesa, una á una, y así se lo dijo á Omer.

El príncipe moro se estremeció de tan malvado proyecto; pero aparentó no oponerse á él.

A los pocos días dijo á Mahomed que le proporcionase otra entrevista con la condesa.

El esclavo le contestó que en la cámara era imposible, pues la condesa había tomado sus precauciones; mas que una noche le llevaría al oratorio, y así lo hizo.

Doña Eloisa permanecía toda la semana en su tienda, á orillas del río, y en ella comía y dormía, acompañada de su servidumbre y amigos.

Era tal el deseo, el entusiasmo que la noble dama tenía por la conclusión del puente, que se la figuraba que si ella se apartaba de allí, la obra no iría tan de prisa; y en verdad que no se equivocaba, pues los trabajadores, por complacer á su señora, trabajaban el doble que si ella no estuviese.

Como era en el verano, no había la menor incomodidad para la condesa en las noches; al contrario, era un placer pasarlas á las orillas del río, paseando á la luz de las estrellas y en una tienda fresca y elegante para recogerse; pero los sábados á la noche iba á dormir á su palacio de la ciudad y su servidumbre y amigos la acompañaban.

El domingo estaba consagrado al descanso y á los deberes religiosos en las iglesias, conventos y hospitales.

Una de las noches de un sábado, la condesa, después de haber asistido á que acostasen á sus hijas, se dirigió al oratorio á hacer sus oraciones de la noche.

Era el oratorio una piececita cuadrada, con cristales de colores en las altas ventanas, pavimento de mármol y techo pintado al fresco, con imágenes de santos y de vírgenes.

De las paredes pendían cuadros de mérito de asuntos religiosos, y el altar era de extraordinario trabajo. Tallado en madera y con preciosos dorados, había en él un San Pedro magnífico y una Virgen de la Concepción de admirable trabajo, vestida con un rico traje y cubierta de magníficas alhajas.

Iluminaban el oratorio seis lámparas de plata sobre dorada, y tan brillantes, que parecían de oro.

Una cortina de terciopelo cubría la puerta de la sacristía ó pequeño recinto donde se vestía el sacerdote para celebrar la misa.

La condesa se arrodilló delante de la Virgen en una alfombrilla, y oró con fervor.

Una mano levantó la cortina de terciopelo de la sacristía, y un hombre entró en el oratorio, cubierto con una capa negra, de la que se despojó.

Era el príncipe Omer Alí, vestido con un suntuoso traje moro, y cubierto de joyas que brillaban á la luz de las lámparas.

Doña Eloisa le vio al momento y se levantó.

—Señor, no os pregunto por dónde habeis entrado, le dijo friamente; comprendo que teneis alguno á vuestras órdenes, que mejor que yo misma conoce este alcázar, y que os introduce adonde yo estoy; pero es un gran atrevimiento y un desacato el que un infiel éntre en un lugar consagrado al culto católico, y voy á llamar para que os expulsen.

—¡Por compasión! ¡Oídmeme un momento, señora!

—Esta noche no podeis obligarme á que os escuche como aquella otra en que lo hicisteis con el puñal sobre la garganta de mi hijo, dijo la condesa con triste sarcasmo mis servidores os arrojarán de mi lado, pero sin haceros daño, porque aborrezco el derramar sangre.

—¡Ved lo que haceis, mujer loca! Se trata de la vida de vuestras hijas, dijo el moro con salvaje energía al ver que la condesa llevaba á sus labios el pito de plata para llamar.

Doña Eloisa palideció y dejó caer el silbato. El moro se apresuró á recogerlo y añadió con ese tono de verdad y sinceridad que no se puede confundir con ninguno.

—Señora, vos teneis enemigos que han jurado la extinción de vuestra familia, y lo conseguirán. Primer dieron tósigo á vuestro hijo, y D. Alonso murió. Hoy tratan asimismo de envenenar á la niña Doña María, después seguir con las otras en esta malvada obra de destrucción.

—¡Gran Dios! ¿Quién es el infame? preguntó la dama verdaderamente aterrada.

—Uno de los que están mas cerca de vuestra persona de los que depositais más confianza, y aun creo que unen con él relaciones de parentesco.

El tiro no podía ser más directo, é iba dirigido á Don Fadrique.

La condesa lo comprendió en seguida, y dijo despreciativamente:

—Comprendo vuestras mentiras, pero son inútiles; vos no buscáis más que pretextos para acercaros á mí, y verme obligada á dejar este alcázar donde se alberga la traición, y dirigirme á mi granja de Franco.

—¡Y allí, á todas partes os seguirá lo mismo amor! contestó el moro con vehemencia.

—¡Ese lenguaje os vende! gritó Doña Eloisa indignada. Y como no tenía pito, se dirigió á la puerta decidida á llamar.

—¡Adónde vais, imprudente y desgraciada mujer? dijo Omer con agitación cogiéndola de un brazo. No he dicho que se trata de la vida de vuestra hija María de todas las demás? Quereis verlas en la tumba como habeis visto á D. Alonso?

La condesa se detuvo de repente como una máquina y dijo friamente:

—Pues bien; acusad con pruebas y os creeré.

—Yo no quiero acusar á nadie, sino evitar una desgracia y libraros de un dolor horrible, porque mi corazón adora y daría hasta la última gota de mi sangre por evitaros una lágrima.

Doña Eloisa hizo un gesto de impaciente desdén. Omer como si no lo hubiese notado, prosiguió.

—Yo os traigo la salud y la vida de vuestras hijas. Por terrible, por fuerte que sea el tósigo que las den, no podrá resistir á este antídoto. Si las haceis tomar este contraveneno, su vida está segura y podeis dormir completamente tranquila.

Y el príncipe moro presentó á la condesa un pequeño pomo de oro que sacó de su seno.

Doña Eloisa lo cogió, y mirán dolo con desconfianza dijo:

—¿Y quién me asegura que es verdad lo que me referis, ó que por el contrario, este es el tósigo verdadero para mis hijas?

—¡Ah señora, señora! ¡Tal sospecha! murmuró Omer con dolor.

—Sí, lo repito, añadió la condesa con impaciencia, ¿quién me responde de vuestra buena fe, siendo, como sois, enemigo de mi esposo, y habiéndolos éste, aunque en guerra leal, arrebatado un reino?

—¡Mi amor, señora, mi amor; la pasión frenética que siento por vos! dijo el príncipe moro con delirio. Antes de conocerlos, mi corazón no abrigaba más que odio y rencor contra los castellanos, y hoy casi son mis amigos. Por vos me siento capaz de todo; así de las más heroicas acciones, como de los más grandes crímenes, y por una de vuestras miradas daría el paraíso que mi profeta promete á los buenos creyentes.

La condesa, con ese admirable instinto de la mujer de corazón, comprendió que Omer no menta, y le dirigió una mirada de compasión.

—Vais á hacer que éntre en discusión con vos, le dijo con gravedad, y esto ya es en mí una prueba de aprecio. Haré aún más, y será daros buenos consejos. Joven presuntuoso y loco, ¿habeis imaginado, ni por un instante, que la condesa de Carrion, la señora de Valladolid, la esposa del noble Ansures, oiría con benevolencia, ni aún por un sólo momento, vuestras locuras? Amo á mi esposo con entusiasmo, con pasión; pero aún cuando no le amase, mi deber de esposa honrada me apartaría de vuestra seducción. Es más; doncella libre, jamás daría mi corazón á un infiel que tiene distinta religión que la mía. En las almas de mi temple, el amor no dura sólo durante la vida; espera aún más allá de la muerte. Yo tengo la esperanza de reunirme con Ansures en el cielo, y morar á su lado como he vivido en la tierra. Ya veis que el amor á mi esposo, mi deber y mis creencias, me separan de vos; por lo que desechad locuras de vuestra mente. Si sois rico en oro y alhajas como me habeis dicho, idos á Córdoba. El califa os acogerá bien, os dará esposa entre su familia, y podeis vivir como un noble príncipe musulmán.

—¡Nunca, jamás me apartaré de Castilla, donde vos morais! contestó Omer con pasión. Cuanto me digais es inútil, y os amaré siempre, siempre!

Y se arrojó á sus pies tratando de cogerla una mano.

—¡Atrás, temerario! gritó la castellana indignada. ¡Atrás y dejadme paso!

—Os lo dejaré, señora; pero aceptad este pomo, que es vuestra salvación y la de vuestras hijas. Vos misma no estais segura. Cuando ellas tomen este antídoto, haced uso también de él, pues no sería difícil que se atentase contra vos.

—Dejadme, os digo, pues no quiero oír más vuestras bastardas mentiras. Retiraos.

—Me retiraré, señora, no por temor, sino porque vos me lo mandais, dijo Omer humildemente; pero ántes tomad este antídoto, y haced uso de él sin que lo sepa nadie.

—Repito que no me fio de vos, contestó la condesa friamente, y prefiero correr y que lo corran mis hijas un peligro imaginario, á exponerme á uno real, y que sea yo misma quien las mate creyendo salvarlas.

Omer AH, con un movimiento más rápido que el pensamiento, llevó el pomo á sus labios y bebió la tercera parte de su contenido.

—¿Dudareis ahora? dijo con los ojos brillantes de entusiasmo.

Y ántes que la condesa tuviese tiempo de volver de su sorpresa, levantó la cortina de terciopelo y desapareció, dejando el frasco encima del altar.

Doña Eloisa le siguió y registró todas las paredes de la sacristía á ver si en ellas encontraba alguna puerta; pero sus pesquisas fueron inútiles y nada encontró.

Se volvió al oratorio y murmuró cogiendo el pomo.

—¡No parece sino que habito en un palacio encantado, y debería trasladarme á La Granja! Pero esto llamaría la atención. ¡Y cuántos comentarios no se harían! Prefiero quedarme aquí y esperar los sucesos; entre tanto haré uso de este antídoto. Omer me ha convencido.

Y pensativa salió del oratorio.

(Se continuará.)

BIBLIOGRAFIA.

El héroe de Santa Engracia, poema épico.—*Recuerdos de un ángel*, elegías.—*El odio de una mujer*, novela; obras de Doña Patrocinio de Biedma.

I.

La poesía épica que tantos triunfos proporcionó á Erquilla, que el inmortal Quintana cultivó con tal acierto,

yacía en un terrible marasmo sin que ninguno de los vaets modernosse atrevieran á hacerla cobrar nuevos bríos, pres-tándole la vigorosa sávia de las ideas del presente, siempre en lucha constante con la del pasado, lucha eterna de lo que nace con lo que muere, pero esa trompa cuyos sonidos estaban apagados, ha vuelto á lanzar al aire sus enérgicas notas: y no ha sido un poeta guerrero el que ha llevado á cabo tal empresa; ha sido una mujer abatida por el pesar, retirada en un oscuro pueblo de Andalucía, su patria nativa; una mujer joven, y que en poco tiempo ha visto desaparecer de su lado para siempre á su esposo, amante compañero de su existencia, y á su hijo de seis años, ángel que completaba con sus caricias el hermoso cuadro del santuario del hogar.

Sólo un alma fuerte como la de Patrocinio de Biedma, sólo una resignación cristiana como la que en ella domina, han podido hacer posible su existencia, flor gemela separada bruscamente por la mano del destino, de sus dulces compañeras.

No parecía en ella natural que después de haber escrito los delicados versos de su *Guirnalda de pensamientos*, poesías impregnadas todas en la pureza de sus sentimientos, escribiera un poema heroico como *El Héroe de Santa Engracia*, del cual no deben señalarse los defectos, dominando como domina en sus cantos la belleza.

Precede á la obra un estudio crítico de mi querido amigo el ilustrado escritor alavés Fermin Herran, que juicioso en sus observaciones, justo en sus elogios y fácil en la forma de su prólogo, demuestra las buenas dotes que posee para esta clase de trabajos, siendo éste, sin disputa alguna, el mejor que de su pluma, ya acreditada, ha salido.

Consta el poema de ciento cincuenta páginas, y está dividido en dos partes, que se titulan: *El sitio de Zaragoza* y *El Brigadier Quádras*, y en doce cantos que tienen los siguientes respectivos títulos: *La batalla de las eras*, *Juramento de los defensores*, *Una traición*, *Temores*, *El bombardeo*, *Medidas defensivas*, *El amor y el deber*, *El dos de Julio*, *Valor y abnegación*, *Todo por la patria*, *El cuatro de Agosto* y *La muerte de Quádras*.

¿Para qué elogiar tal ó cual canto de los citados? En todos ellos hay buenos pensamientos y resalta la vigorosa inspiración de la autora, que ha hecho las descripciones con riqueza de detalles, y ha sabido dar á cada cuadro un colorido especial.

El brigadier Quádras, héroe de nuestra gloriosa guerra de la independencia, bien merecía un poema; y nada más natural que Patrocinio de Biedma sea su autora. Réstame decir que el monumento es digno de la persona á quien se eleva, y que si uno de piedra sería al fin destruido por el tiempo, el que se ha levantado con la fuerza de su robusta inspiración, vivirá siempre.

II.

Al mismo tiempo, ó poco ántes de la aparición del libro de que dejo hecho mérito, otro de la misma autora nacia para el mundo literario. Su título es *Recuerdos de un ángel*, y forman este volumen cincuenta y cuatro elegías dedicadas á su hijo José María del Olvido, muerto á los seis años de edad.

Esta obra no tiene prólogo de ninguna eminencia literaria, á pesar de haberse ofrecido á escribirlo muchos y conocidos hombres de letras: es verdad, y estoy conforme en un todo con mi amiga Patrocinio, que las condiciones especiales del libro hacen que el prólogo sea suscritor por la misma autora.

Yo no sé si será considerado como una debilidad ó como un testimonio de lo que en mí influye la parte de sentimiento—sin que por esto invada el terreno del romanticismo, extravío mental del siglo de Espronceda.—Yo no sé por qué causa, por qué impulso misterioso, cuando leí las páginas de los *Recuerdos de un ángel* y seguí paso á paso el cruel calvario de mi buena amiga, al llegar á su triste desenlace sentí la agitación en mi pecho, y más de una lágrima empañó mi vista; sí, lo confieso sin rubor; ¿quién puede avergonzarse de sentir y llorar! ¡Desgraciados los que ahogan sus lágrimas en el corazón y lo envenenan; más desgraciados aún los que no saben qué es sentimiento, y nunca una lágrima ha humedecido su rostro!

La vez primera que ví á Patrocinio de Biedma, con la que habia sostenido hacia algun tiempo agradable correspondencia, me la encontré sentada en una butaca y con la vista fija en un objeto que habia colocado sobre la mesa. ¡Era el retrato de su hijo! Yo hubiera querido no interrumpirla de aquel éxtasis y trasladar al lienzo, valiéndome del pincel de Rubens, aquel hermoso cuadro de amor maternal; pero no hubo remedio; volvió la cabeza, me vió, se pasó la mano por la frente como el que despierta de las quimeras de un sueño, y haciendo asomar á sus labios una sonrisa que pudiera confundirse

con una lágrima, me recibió con esa afabilidad y maneras distinguidas que caracterizan á la aristocrática y modesta poetisa andaluza.

Paréceme, respecto á algunos de los pensamientos del libro, que pone en boca de su hijo, hacerle aparecer con demasiada precocidad en un cerebro de seis años, poco pensador por naturaleza; pero si la autora lo hace por engrandecer la menor ó mayor vivacidad de su ingenio, y para engrandecerlo emplea un sistema tan bello, no será yo el que me constituya en severo aristarco; me place más ser humilde admirador.

¡Cuánto sentimiento hay en todas sus páginas! Sus versos revelan la grandeza del cerebro que los ha concebido y la ternura del alma que los siente al verterlos en el papel. Patrocinio, que en tan breve tiempo ha experimentado tantas amarguras, está tan perfectamente convencida de lo que hay verdadero en la existencia, que con gran acierto estampa en su libro el verso de Petrarca que dice:

¡Ah! ¡sólo eterno es en el mundo el llanto!

Y luégo, cuando llega el triste día en que el pobre niño anuncia á su madre los primeros síntomas de la enfermedad que habia de conducirle al sepulcro, como presagiando el triste fin, recuerda ella cuando Campoamor dice en una de sus inimitables composiciones:

¡Una tristeza más! ¡un sueño menos!

¿Qué son los *Recuerdos de un ángel*? ¿Un libro? ¿Una corona de siemprevivas? ¿Un monumento? ¡Ay, lo es todo y es algo más que explicación perfecta no tiene; son los destellos de un alma que sufre, del alma de una madre! ¿Puede haber algo más grande ni sublime?

III.

Hace pocos días recibí una novela de costumbres titulada *El Odio de una mujer*. Patrocinio de Biedma es su autora, y en lo bien trazado del plan, escenas de interés, facilidad y discreción, nos viene á demostrar que posee grandes condiciones de novelista.

Reciba una enhorabuena más, que se complace en enviarla

CARLOS VIEYRA DE ABREU.

Madrid, Mayo 1876.

CORRESPONDENCIA.

C. M.—Me pregunta V., señora, el modo de lavar un corsé, y me alegro, porque mi respuesta servirá también para otras muchas suscriptoras que me hacen la misma pregunta.

Se quitan las ballenas, el acero y los adornos; se prepara un enjabonado con sérico-sapo y una cucharada llena de amoníaco ó álcali volátil, se sumerge el corsé en esta preparación y se le cepilla; cuando se considera que está limpio, se le sumerge en dos ó tres aguas claras, cepillándolo siempre, pero sin frotarlo ni torcerlo; se le arrolla dentro de una tohalla para secarlo; se le tiende al aire, ó al sol si es posible, pero sin plancharlo, y así que esté bien seco se le vuelven á meter las ballenas y el acero. Si el corsé es de moiré negro, se lava con extracto de agua de colonia.

Para convertir un corsé en coraza, basta añadirle por abajo.

Las medidas que deben remitirse para un corsé son: la de la cintura tomada por encima del vestido—la mitad del pecho—alrededor del cuerpo por debajo de los brazos, el largo del acero por delante, el largo del talle por debajo de los brazos.

Madame Grand, calle de Espoz y Mina, número 11, tienda llamada *La Guirnalda*, hace corsés inmejorables á precios económicos, y puede V. dirigirla en carta su pedido.

* * El vestido negro que V. me describe puede llevarlo lo mismo este año sin recelo alguno.

Al pié de un ciprés.—El único remedio para tantas penas es la resignación. La desgracia se parece á la montaña negra de Bember, en el reino ardiente de Lahore; á medida que se sube á ella no se divisan en torno más que peñascos informes; cuando se llega arriba se ve sobre nuestras cabezas el cielo de un purísimo azul, y á nuestros piés el pintoresco reino de Cachemira.

Amelia.—Mi querida niña: el orden camina despacio pero adelanta mucho; el desorden va muy de prisa, pero retrocede en vez de adelantar.

* * Si tiene V. el cabello rubio no debe V. teñirlo, porque esto destruye la armonía del conjunto. Si quiere usted oscurecerlo un poco, use V. el peine de plomo y los polvos. Frote V. la raíz del cabello con sal, y lávese de vez en cuando la cabeza con agua de amoníaco. Esto de tiene mucho su caída.

CONSEJOS DE HIGIENE.

En este mes suelen experimentarse las erisipelas, las calenturas biliosas, las irritaciones violentas del estómago y los intestinos, y por lo tanto es preciso prevenir sus efectos modificando el régimen y no tomar alimentos fuertes de difícil digestión. Estas precauciones y las bebidas ácidas, que instintivamente se apetecen en esta época, son muy á propósito para moderar las irritaciones de vientre y las erupciones cutáneas.

También es preciso cuidar mucho de no quitarse el abrigo de una vez, sino ir des-
embarazándose paulatinamente de las prendas que nos dan calor, aunque suframos

22. Sombrilla Marquésa adornada del encaje núm. 14.

por esto alguna mortificación. Los espasmos y los enfriamientos son más temibles ahora que en invierno, como todo lo que se sale fuera del orden natural. Por esto debe evitarse por las noches el relente, pues siempre refrescan al-
gun tanto.

Estas precauciones deben observarse con mayor rigor en los niños cuya frágil constitución está expuesta á adquirir toda clase de dolencias.

Toda la prensa madrileña se ha ocupado con grandes elogios del *Novísimo Diccionario festivo*, escrito por Don Manuel Ossorio y Bernard, y nosotros, aunque tarde, unimos nuestros entusiastas plácemes á los suyos. Es un libro perfectamente escrito, que abunda en agudezas, y cuya lectura agrada-
rá sin duda á nuestras suscriptoras.

Forma un elegante tomito, muy

bien impreso, que se vende á 6 reales en las principales librerías.

También el infatigable escritor D. Teodoro Guerrero acaba de publicar un nuevo libro, cuyo anuncio hallarán nuestras lectoras en otro sitio, y cuya adquisición recomendamos vivamente á las madres de familia que quieran dar cristiana educación á sus hijos. Las buenas lecturas son indudablemente uno de los principales medios para conseguirlo, y bajo este concepto nada dejan que desear *Las lecciones de mundo*, obra declarada de texto, tanto para las escuelas de Ultramar como para las del Reino.

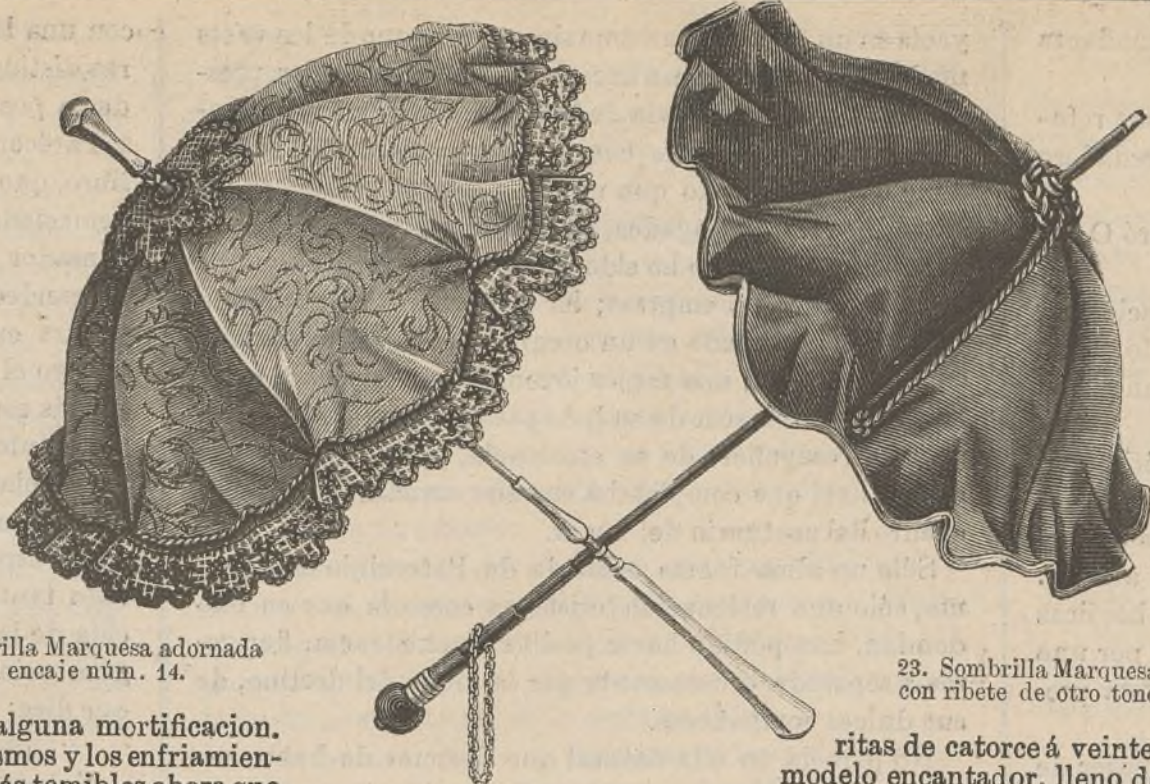
La propiedad de la aplaudida música de la zarzuela *Chorizos y Polacos*, del maestro Barbieri, ha sido adquirida por el editor Vidal, hijo, quien con la actividad que tiene acreditada, ha principiado su publicación y puesto á la venta en su elegante almacén los principales números de dicha obra.

EXPLICACION del figurin 1220.

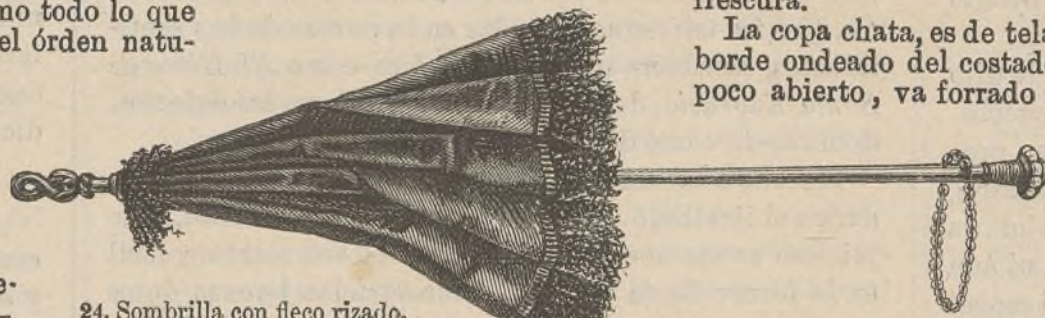
Sombrero Bordelais. — Consiste en un foulard abrigantado, gris y azul, bullonado, y guarnecido todo alrededor con un encaje color castaño; en el costado iz-

quierdo el borde fruncido se aplica al cabello; en el costado derecho se levanta sobre una guirnalda de rosas, y luego descende en escarapelas por detrás, completándose con lazos de cinta. Este sombrero, sencillo y serio á la vez, conviene perfectamente á una señora casada.

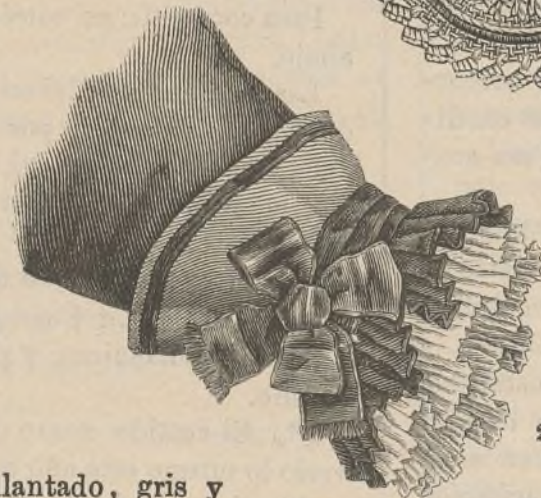
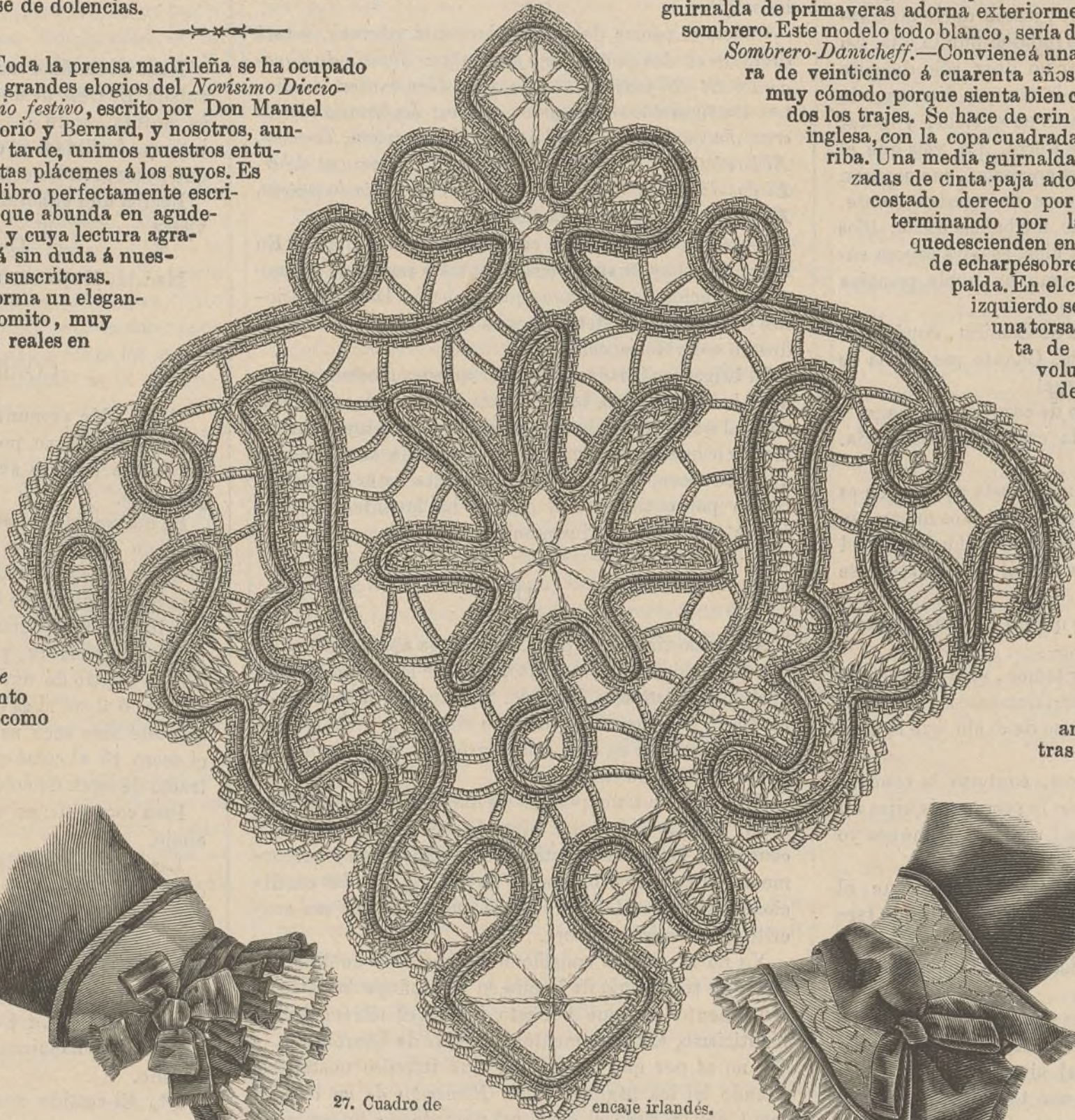
Sombrero Beatriz. — Es de paja inglesa con el ala vuelta. El



23. Sombrilla Marquésa, con ribete de otro tono.



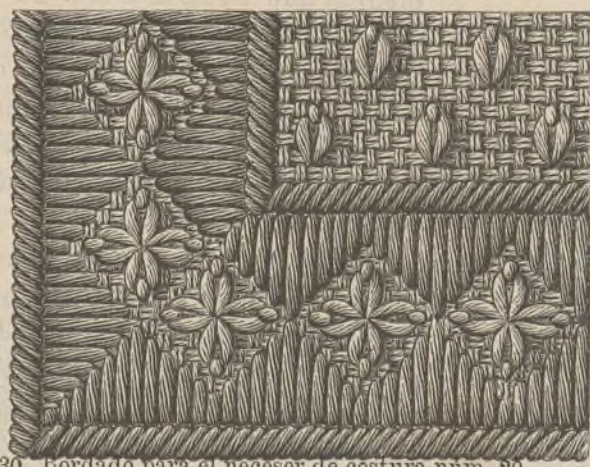
24. Sombrilla con fleco rizado.



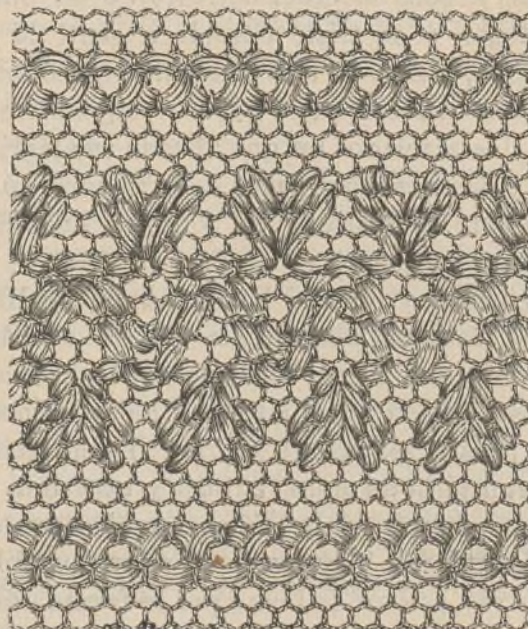
28. Manga para vestido.



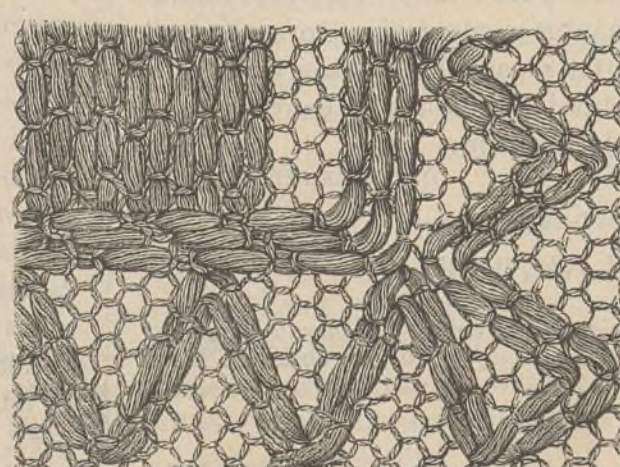
29. Manga para vestido.



30. Bordado para el neceser de costura núm. 20.



31. Entredos bordado en tul.



32. Cenefa bordada en tul.

bavolet, muy prolongado, es de gros-grain negro, forrado de blanco. El adorno consiste en barbas de valenciennes que forman un lazo por delante; bajan luego á ambos lados de la armadura, y se terminan anudándose sobre el bavolet. Una guirnalda de hojas serpentea sobre el costado izquierdo.

Delante, bajo el ala levantada, se encuentra una torsada de terciopelo azul mezclado con valenciennes y grupos de flores blancas. Bidas estrechas de gros-grain negro. Este sombrero es muy rico, elegante y propio de todas las edades.

Sombrero-desposada. — Aunque se denomine así, no está reservado tan sólo á las señoritas que se casan, sino á todas las señ-



26. Sombrero de junco fino.

ribeteado con una cinta plata. La media guirnalda de lazadas que adorna el costado, es de seda gris y cintas plata. Una media guirnalda de primaveras adorna exteriormente el sombrero. Este modelo todo blanco, sería delicioso *Sombrero-Danicheff.* — Conviene á una señora de veinticinco á cuarenta años, y es muy cómodo porque sienta bien con todos los trajes. Se hace de crin ó paja inglesa, con la copa cuadrada de arriba. Una media guirnalda de lazadas de cinta-paja adorna el costado derecho por atrás, terminando por lazadas quedescienden en forma de echarpésobre la espalda. En el costado izquierdo se halla una torsada cha-

ta de seda-paja, y un ramo bastante voluminoso de flores campestres. Por delante un sprit formado de retamay primaveras, y bajo la pasa una torsada de gros-grain azul pálido, con amapolas en el costado izquierdo. *Capota Caverlet.* — Conviene asimismo á una señora de veinticinco á cuarenta años, y sienta perfectamente. El modelo es de crespon rosa, con el fondo plegado á tablas y bavolet. Sobre la pasa coulisée se halla una barrette de crespon rosa. Una linda puntilla irlandesa, plegada sobre el bavolet forma bridas que vienen á anudarse debajo de la barba, mientras por el lado derecho sube en escarapela. En el costado izquierdo, y sobre el bavolet, se colocan rosas grandes y florecillas azules.

Lazos elegantes para mil distintos objetos. — Son ambos de encaje blanco ó crema, con cinta negra el primero y rosa el segundo.

LECCIONES DE MUNDO

PÁGINAS MORALES EN VERSO POR

TEODORO GUERRERO.

Sétima edición, aumentada con nuevos consejos y máximas y con cuentos morales.

Este libro, tan popular en los establecimientos de enseñanza y tan necesario para la familia, se vende á 4 rs. Librería de Sanchiz, plaza de Matute, 2.

Pedidos al autor, calle de Serrano, 82.

Las Sras. Suscriptoras á la 1.ª Edición, recibirán con este número el FIGURIN ILUMINADO.

Administración, Plaza de Isabel II, núm. 2.

Tip. de G. Estrada C.ª, Doctor Fourquet (antes Yedra), 7.

Editor-proprietario: Carlos Grassi